

La pianista Eileen Joyce viste bien e impresiona con poses, pero toca mal

LONDRES (por avión).

HYDE PARK es el sitio donde los autoreprimidos ingleses van a exteriorizar todo lo que han callado durante el día. Es una copia mayúscula de lo que se ve en Santiago en la Quinta Normal, los domingos, o se observaba antes en la Alameda frente a "La Opinión".

A la distancia, parece que se tratara de un meeting político, pero nada tiene de eso. El día que fui, me tocó escuchar dos muchachos: uno tenor y el otro barítono, quienes, con voces deliciosas entonaban viejas canciones irlandesas. Los rodeaba un nutrido grupo que en el momento oportuno cantaba los coros.

En otro lado, con menos asistencia, por cierto, una muchacha, con perfecto acento, recitaba Shakespeare. Subida a un banquito, vestida con recios pantalones, moviendo los brazos a diestro y siniestro, entregaba a los embelesados espectadores los versos del gran poeta dramaturgo. Más allá había un socialista que, con tono airado y estridente, disertaba sobre las huelgas. Con un dedo extendido en gesto amenazador, señalaba hacia el Palacio de Buckingham, protestando contra el régimen imperante. Desgraciadamente, hablaba un "cockney," —lenguaje popular— terrible, así que mi modesto inglés quedaba fuera de foco. En otro rincón, un obrero hablaba sobre amor. Su acento era más claro que el del socialista, y de ahí que pude captar mejor sus descripciones y explicaciones. Decía que el amor era el agua de la vida, y que sin ella el hombre moría como las plantas. Después lo definió como el sentimiento a través del cual el hombre y la mujer comienzan a odiarse. No le bastó con esto y comenzó a instar a las mujeres para que no usaran pantalones en la calle y a los hombres a que no leyeran los diarios durante el almuerzo y la comida, aunque sí en el desayuno.

CANTANDO SALMOS

En un rincón, contra un bello fondo de árboles, se hallaba un escocés, con pollerita y todo, convidando a la concurrencia a sentirse poética, y le decía: "Contemplan la naturaleza y siéntanse felices; recitemos, no tengan miedo, improvisemos y cémosle escape a nuestras almas".

Observando toda esa gente, dan deseos de no ser simple espectador y lanzarse a hacer cualquiera cosa. Afortunadamente, no termino aquí mi experiencia en Hyde Park. Al acercarme a un grupo muy cantor, ví con sorpresa que un cuidador del Parque dirigía el coro. Me dió un papelito y, mirándome amablemente, me dijo: "¡número ocho!", con lo que entendí que debía cantar la canción número

ocho. Después de esa canción, vino otra y otra, y así estuve con entusiasmo entonando bonitas melodías durante diez minutos. ¡Cuál no sería mi risa cuando, de pronto, me dí cuenta que las personas que cantaban eran nada menos que... ¡canutos! Al retirarme, uno de ellos me preguntó por qué no había venido antes, con la voz que tenía.

NO TODOS SON GRINGOS

En la tarde de ese día, en uno de los trenes subterráneos, tuve una graciosa demostración de que en las ciudades extranjeras no todos son extranjeros. Dos muchachas muy llamativas y sonrientes se venían burlando, en castellano, de un señor que estaba sentado al frente. Por el modo cómo aspiraban las jotas, saqué la conclusión de que no eran chilenas. El señor, en realidad, tenía la cara como ellas la describían: parecía que el cuello de la camisa se lo había

MAS DE 3 SIGLOS TIENE EL PASEO

HACE ya más de trescientos años que fue abierto al público Hyde Park, el tradicional paseo londinense que sirve de marco a buena parte de las escenas descritas en esta crónica, por Malucha Solari. Casi igual edad tienen los primeros escritos que a él se refieren.

Sin contar con los numerosos escritores de cuentos policiales que han utilizado Hyde Park para mover dentro de él a sus personajes, plumas consagradas, como las de Chesterton, Shaw y Joyce, por sólo citar algunas, le han dedicado buen número de páginas.

Junto con Kensington Park, Saint James Park, Green Park y Regent's Park, integra lo que se ha llamado la "cintura verde londinense", pues, aunque con diferentes nombres, no son sino una sola cinta verde que rodea el corazón de la gran ciudad.

prestado Napoleón, y, por cierto, recordaba ese verso de Quevedo: "érase un hombre a una nariz pegado...". Las muchachas no sospechaban que yo les entendía, y tampoco se imaginaban lo peor. Al detenerse el tren en una estación, el señor aludido se levanta ceremoniosamente, y volviéndose a las chicas les dice en perfecto español: "Muchas gracias, señoritas, por el buen rato... Creí morir de risa".

Las niñas, por supuesto, no.

¿PIANISTA O MODELO?

Eileen Joyce es un "best seller" en materia de pianistas. Atrae multitudes a sus recitales. Es la artista que "dobló" en el piano a Ann Todd en "El Séptimo Velo" y que tocó el tema de Rachmaninoff en "Lo que no fué". El programa que le escuché era lo suficientemente malo como para fijarse en detalles aparte de la interpretación. Debía interpretar dos conciertos de Tchaikovsky, seguidos, pero un anunciador informó que uno de ellos había sido trasladado al final del programa. De repente apareció la artista, con el paso rápido y desplante de quien no le da importancia al asunto; pelirroja, con un cerrado y sencillo traje color jacinto, pelo al viento, como recién lavado. Saludó varias veces y se sentó, esperando su entrada. Mientras tocaba, cada vez que se lo permitía la música, se pasaba la mano por el pelo, con un gesto brusco, echándolo hacia atrás, como diciendo ¡qué molesto! (yo no sé por qué no se ponía pinches). Su técnica era tan brillante, que se podía permitir el lujo de dejar las manos en suspenso, en el aire, durante varios segundos, mientras se le terminaba la inspiración. Concluyó el concierto, saludó de nuevo en forma afectadamente sencilla, y salió del escenario, seguida por su pelo recién lavado. Después de un trozo interpretado por la New London Orchestra, apareció Eileen otra vez. Pero ahora el cambio era completo, no sólo de concierto: con nuevo traje y otro peinado. Esta vez se había puesto pinches y se había sacado un poco de ropa. Era un escotado traje rojo, como su pelo, de larga cola y de hechura que decía: "oui, oui". Me impresionó tanto este desfile de modas en una pianista, que no pude escuchar tranquila el concierto. No me quedó otra cosa que pensar en lo complicado que sería para ella cumplir un recital compuesto de varios conciertos.